

este ultraje, y que la muerte
 diera á Tristán y á María,
 á quien cómplice creería,
 vos, Don Carlos, acertado,
 esta escena provocado
 habéis con sabiduría.

La vida á Tristán salváis,
 prestáis á María ayuda,
 y de mí la horrible duda
 para siempre desterráis.
 ¡Bendito, bendito seáis!
 que de su nombre memoria
 se guarde siempre en la historia,
 por cumplido caballero,
 gobernante justiciero,
 de su patria honor y gloria!



EL VIEJO NUÑEZ MELIÁN.

EPISODIO HISTÓRICO.

En un castaño brioso,
 con apostura marcial,
 sale de las casas reales
 Francisco Núñez Melián.
 Blanca barba, rostro alegre,
 ojos de ardiente mirar;
 ropilla de terciopelo
 que envidia á la nieve da;
 valona y puños de encaje
 más blancos que el azahar;

faja de raso y en ella
 largo y agudo puñal;
 las calzas de fino punto,
 borceguíes que á mitad
 logran sólo de las piernas
 musculosas arribar;
 en el sombrero un cintillo
 de diamantes que un Bajá
 deseado hubiera; en el pecho
 se miran la cruz brillar
 de la orden de Santiago,
 cintas, placas de metal,
 escudos y distintivos
 del mérito militar.
 Cubre las ancas del potro,
 que tornos y vueltas da,
 purpúrea y rica gualdrapa
 con recamos sin rival.
 Hierne el pisador el suelo
 con sus cascós á compás,
 y la blanca espuma cubre
 cuello, brazos y pretal.
 Ríge con suma destreza
 Núñez al potro que va
 sacando chispas al suelo
 enlosado del portal.
 Deja el portal y á la plaza,
 que de gente henchida está,
 sale el viejo, que aunque viejo,
 parece mozo y galán.
 Coronada está la plaza
 por la milicia local.

en cuyas armas brillantes
 se ve la luz reflejar.
 Estandartes y banderas
 luce la tropa que ya
 prorrumpe en vivas ruidosos
 al Capitán general.
 Los balcones y ventanas
 cubiertos de gente están.
 Allí se ve á la doncella,
 como la flor del rosa,
 ostentar de su hermosura
 el encanto singular.
 Allí el rico encomendero,
 altivo cual si feudal
 señor del Estado fuera,
 ostenta con majestad
 los terciopelos y galas
 que envidia á los pobres dan.
 Allí el humilde pechero,
 el sacerdote ejemplar,
 la dueña de negras tocas,
 el pueblo, en fin, todo está.
 Atambores y cornetas
 se dejan pronto escuchar,
 y voltean las campanas
 de la augusta catedral.
 El júbilo en todas partes
 enseña la alegre faz,
 y se alborozan y divierte
 la muy noble y leal ciudad.

II

Las tropas de infantería
 se mueven aquí y allá,
 y diestras evolucionan
 con precisión militar.
 En cerrados pelotones
 de la plaza al centro van,
 y allí esperan á pie firme
 del combate la señal.
 Son los tercios españoles
 que al mundo han hecho temblar.
 En sus rojos y amarillos
 estandartes de percal,
 se mira el León de Castilla
 y las dos torres campar.
 ¡Salve, tercios indomables,
 que pequeño el mundo halláis
 para las tremendas lides
 de un continuo batallar!
 ¡Salve, estandarte glorioso
 del valor y la lealtad,
 que las auras de la gloria
 acarician con alán!
 Ya Núñez á la cabeza
 pronto se va á colocar
 del escuadrón de jinetes,
 que impaciente la señal
 espera del simulacro
 para poder avanzar.
 El potro inquieto escarcea,

luciendo blanco pretal
 y riendas de seda y oro,
 que sujeta el de Melián.
 Allí está la artillería,
 y cerca de ella al pasar,
 con la espada toledana
 da la esperada señal.
 Ruge el cañón; su estampido
 hace el suelo trepidar.
 El castaño se encabrita;
 lucha Núñez de Melián
 por tomarlo, lanza un grito,
 se ve la angustia en su faz,
 y á socorrer va un esclavo
 al Capitán General.
 Tómale en brazos y al punto,
 con vigor y actividad,
 puede bajarle y tenderle
 á la orilla del portal.
 Desmontan los escuderos
 que á auxiliarle también van
 presurosos. mas en vano!
 ¡presa de la muerte es ya!
 El apuesto caballero,
 el bizarro militar,
 es sólo un cuerpo sin vida,
 sólo un cadáver no más!
 El pueblo maravillado,
 y sin poderse explicar
 el extraño caso, en torno
 se condensa de Melián.
 "Ha muerto"—al fin exclamaron

los más próximos;—“rogad por el descanso del alma del Capitán General.” La noticia infausta corre, y con tal celeridad, encomendero ó patán, que en breve no repitiera que no hubo en la extensa plaza

con sorpresa sin igual:

“El gobernador ha muerto, ha muerto Núñez Melián.”

Dobla con tañido triste la campana en Catedral, suena con fúnebre acento la corneta militar, y los sordos atambores su redoble al aire dan.

Toman las armas al punto la posición funeral, y se inclinan las banderas, que rasando el suelo van.

Marcha la guerrera hueste sus cuarteles á ocupar, tórnase en lúgubre escena el simulacro marcial, y las gentes se retiran con paso tardo, quizá pensando cuán brevemente solemos ver acabar gloria, poder y riqueza, fortuna y autoridad.



LA CRUZ DEL CALLEJON.

LEYENDA HISTORICA.

Fué la histórica Izamal de este mi cuento escenario, en el siglo que termina el año de veinticuatro. A Yucatán gobernaba Francisco Antonio Tarrazo, yucateco distinguido, modesto, prudente y sabio. Era un callejón estrecho que de la Cruz fué llamado,